

* *

Si no me siento en un banco, voy a caer al suelo, porque estoy rendido. Doña Sabina huyó con ese conde por el camino de Cerdaña, y donde fueron no sé... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* *

Desde mi choza yo la vi pasar, y ya no supe más de ella. Desde aquel día vivo triste y disgustado, ocioso y pensativo, la vista fija en el camino que ella siguió y con la daga colgada de un clavo. ¡El viento que sopla de la montaña me ha vuelto loco!

5 de mayo de 1836.

XXIII

OTRA GUITARRA

¿Cómo lograremos, suspiraban ellos, huir de los alguaciles con las barquillas de que disponemos? —Remad, decían ellas.

* *

¿Cómo, suspiraban, olvidar las querellas, miserias y peligros? —Dormid, decían ellas.

* *

¿Cómo, suspiraban, lograremos encantar a las hermosas sin tener a mano filtros sutiles? —Amad, decían ellas.

18 de julio de 1838.

XXIV

Cuando me hablas de gloria, amargamente sonrío; esa voz, que tú crees veraz, sé yo muy bien que miente. La gloria rápidamente se disipa; la envidia, que ostenta sangrienta antorcha, no perdona a esa estatua que se sienta en el umbral de una tumba. La prosperidad se desvanece; el poder cae y se pierde; el amor que consuela vale más y hace menos ruido.

* *

No quiero otra cosa en el mundo que tu sonrisa y tu voz cariñosa, aire libre, sombra y flores y rayos de luz en el bosque; sólo quiero que me acompañen en mis alegrías o en mis dolores, tu mirada, que es mi estrella, y tu boca, que es mi flor.

* *

Bajo tus rosados párpados, que ocultan luz celestial, todo un

universo dormita, pero yo en ellos sólo busco amor. Mi pensamiento, urna profunda llena de magnífico licor, que bastaría para llenar el mundo, sólo quiere llenar tu corazón.

* *

¡Canta! que te oigo extasiado. ¡Rietel que así soy feliz. Así me olvido de la multitud rumorosa y lejana. Sumido en amorosa embriaguez, en vano, para romper nuestros nudos, veo pasar soñando a los poetas luminosos. Me aconsejan que me separe de ti; pero yo prefiero, a la gloriosa música que me despierta, tus canciones que me adormecen.

* *

Prefiero a que mi nombre celebrado brille con luz inmortal, que una mitad de mí mismo quede en la tierra para amarte. Deja que en el misterio y en la obscuridad melancólico te adore, que la tristeza es el sitio sombrío donde el amor brilla más. Ángel de ojos radiantes, mujer de vida desgraciada, haz que vuele contigo mi alma bajo tus alas y deja que rinda mi corazón a tus pies.

12 de octubre de 1837.

XXV

AL PASAR POR LA PLAZA DE LUIS XV
UN DÍA DE FIESTA PÚBLICA

—«Soñador, me dijo ella. ¿por qué venís aquí tan triste? ¿Por qué embebido en vuestros pensamientos, venís a meditar a una fiesta pública?» —Mientras ella me preguntaba, apoyando su hermoso brazo en el mío, le contesté: —«En esta plaza fué donde nuestra época inquieta colocó una piedra para ocultar una idea; en esta plaza en un día de brillante sol, la gran nación de la gran ciudad acudió a ver pasar con pompa y fausto a una tierna hermosura, a un ángel, que parecía haber plegado las alas, virgen el día anterior, y que entonces mostraba en su rostro la fresca palidez y el asombro propios de la recién casada; a una mujer que al mismo tiempo era reina, estrella y flor; que unía, para encantar a la multitud por su presencia fascinada, al dulce nombre de Antonieta el sagrado nombre de María. Su príncipe, el esposo, la seguía, y al ver cómo se sonreían uno al otro, el público, que se fijaba en ellos, exclamó: —¡Cuánta dicha!»

* *

Después que esto dije, callé, porque mi corazón quedó sombrío; dejé que mi compañera se ocupara de la fiesta y de sus innumerables ruidos; del río, que surcaban muchos bajeles empavesados; del pueblo, de los niños que jugaban, de la alegría que rebosaban todos los rostros al oír los acordes de las músicas. Abstrayéndome yo en el pensamiento fijo que me preocupaba, me decía a mí mismo:—«Poder sobrehumano que, según tu voluntad, diriges a los hombres, abismo en cuyo fondo desde Adán está dando vueltas el género humano! ¡Cómo nos coges y cómo nos rechazas! ¡Cómo te burlas de nuestras prosperidades! ¡Oh Dios, edificamos nuestras obras de piedra sobre la arena! ¡Está sumergido el hombre en profunda noche! Todo lo que el hombre edifica, en cuanto la obra está terminada, se desmorona sobre él, y sucede que, cuando creemos alcanzar venturoso porvenir, la suerte se burla de nosotros, y bajo nuestros mismos pasos comienza a cavar la tierra preparando nuestro hundimiento. Luis XVI, el día mismo de sus bodas, había sentado ya el pie en la plaza fatal, en la que, formándose lentamente a impulsos del soplo del Altísimo, a la manera que un grano en la tierra, germinaba su cadalso.

10 de abril de 1839.

XXVI

MIL CAMINOS Y UN SOLO OBJETO

El cazador, sentado sobre la hierba del bosque, sueña hermosas mujeres, y en la obscuridad cree algunas veces ver cómo pasan formas indecisas. El soldado piensa en la suerte que le ha cabido, mientras sirve de fundamento a los imperios, y entre sus lejanos recuerdos entrevé vagas sonrisas. El pastor aguarda paciente, mirando la bóveda azulada, la hora apacible en que se va a abrir la estrella, flor de fuego, que nace de un tallo invisible. Contempla cómo las jóvenes doncellas, al segar los trigos de oro, entonan canciones, que acaso delatan los ensueños de su imaginación. Mira cómo vaga por los floridos campos, con la espalda encorvada y con los ojos inclinados al suelo, el poeta, ese cazador que quiere prender en sus lazos a los elevados pensamientos. Mira en alta mar cómo los marineros ansían volver a la tierra, cansados de luchar con las olas y desean con anhelo ver el humo de su hogar. Mira cómo se elevan a las alturas los célebres pensadores, esos espíritus que dominan a los mortales, de igual manera que las encinas

dominan a los otros árboles del bosque. Mira cómo la madre se complace en evocar en su imaginación al hijo que nacerá de ella, sombra que ha de convertirse en luz, germen que adquirirá vida.

* *

Todos, tanto los que viven alegres, como aquellos que viven abrumados por la tristeza, llevan, sin nubes y sin manchas, una palabra que brilla escrita en su frente y otra palabra que llevan escondida en el alma. Según los designios del Señor, esta palabra es diferente en cada uno de los mortales: en unos es Gloria, en otros es Felicidad; en estos Virtud, en aquellos Patria. La palabra escondida no cambia jamás, es la misma en todos los corazones; en ellos canta o susurra en voz baja. Es la palabra que tiene el mayor fastidio y pesar; es el misterioso suspiro que lanza todo lo creado; es la palabra de la que brotan las otras palabras, como de un tronco que llena con sus ramas todas las lenguas del mundo; es el verbo obscuro o luminoso, que brilla en los reflejos de los ríos, en el faro, en el sol, en las sombrías y solitarias antorchas; que se confunde con el ruido de los cañaverales, con el rumoroso estremecimiento de las palomas; que charla y ríe en las cunas y que vive en el fondo de los sepulcros;

que hace abrir en los bosques los gérmenes de las hojas, los murmullos y las alas, la clemencia en el corazón de los reyes magnánimos y la sonrisa en los labios de las hermosas; es la que junta los prados con las aguas; es el encanto que participa del gorjeo más tierno de los pájaros y del perfume más grato de las rosas; es el himno que el abismo de los mares canta al empujar las velas al puerto; es el misterio de los vastos océanos; es el secreto de las estrellas; esta palabra, que fundó eternamente la segunda de las dos Romas, se llama fe, en el lenguaje del cielo, y amor, en el lenguaje de los hombres.

* *

Amar es poseer el hilo del laberinto, luz que alumbra todos los caminos, copa al alcance de todos los labios; amar es comprender el cielo; es tener, estando dormidos o despiertos, claridad para los ojos y música para los oídos; es inclinar el alma hacia la parte divina de todas las cosas; por eso tú, ídolo mío, confundes tu corazón y tus sentidos, en el retiro en que me recibes, con los diálogos que susurran las olas, los astros y las hojas. Los cristales dejan pasar la luz, y de igual manera, a pesar de las brumas y de las dudas, al través del amor pasan todas las verdades, ángel mío. El hombre y la mujer, grupo feliz, cuyos corazones latén al

unísono, ven el cielo a su alrededor y son transparentes el uno para el otro; retratan, como un lago que refleja un astro en sus aguas cristalinas, del Dios invisible la luminosa figura. ¡Amémonos! Los bosques están frondosos, el estío brilla resplandeciente de luz; los gérmenes se entreabren, las olas se derraman y la hierba crece. Que recorra lejos de nosotros la multitud caminos insensatos; amémonos, roguemos a Dios y dejemos que divaguen nuestros pensamientos. El amor ofrece a nuestra alma la prueba de que existe Dios: es indispensable que haya un cuerpo en alguna parte para que el espejo proyecte su sombra.

23 de mayo de 1839.

XXVII

Quando yo duerma acércate a mi lecho, como al Petrarca aparecióse Laura, que si al pasar me rozas con tu aliento, de repente mi boca se entreabrirá.

Sobre mi frente, cuando termina en mi imaginación un sueño largo y sombrío, tu mirada, como un astro que sale, la ilumina y de repente otro grato sueño me arrullará.

Si después, sobre mis labios, donde volteja una llama, relámpago de amor, al pasar depositas un beso, convirtiéndote de ángel en mujer, de repente mi alma despertará.

19 de junio de 1839.

XXVIII

A UNA JOVEN

En determinadas ocasiones un perfume despierta un pensamiento. Hermosa joven, acariciada por el alba de la vida, cerrad ese abanico alado, de púrpura y de oro, que se agita en vuestras manos como una gran mariposa, y después escuchadme.—Dios concedió el aroma a las flores. La rosa que se marchita sobre vuestro seno, no exhalaría ese perfume que, como incienso divino, sube hasta vuestro lindo rostro, si su tallo, del agua, del aire y de la verdura, de toda la creación no tomase algún elemento, si por algún punto no se hubiera sumergido profundamente en el seno misterioso de la tierra. Allí, por medio de un trabajo lento, cuyo secreto mecanismo sólo Dios conoce, de la frescura de la ola que

corre, de la claridad y la luz del día, del soplo de lo que fluye, de lo que vegeta o se arrastra, del

16 de mayo de 1837.

espíritu que vive en la obscuridad subterránea, humo, honda o vapor, se apropió algo; la calma del antro sombrío, del diamante sus luces, del bosque la sombra y acaso algún hálito inefable del mar lejano. Es un viviente alambique preparado por Dios, en el que se funde y se rehace la tierra con los bosques, los campos, las nubes y las aguas; y el aire, penetrando en la humilde raíz, resignada a este trabajo desconocido, para la hermosa flor guarda ese perfume tan suave, que desde la naturaleza llega hasta vos, que os encanta y que conmueve vuestro espíritu, porque el alma de la flor habla al corazón de la mujer.

Oídmeme una palabra más y después os dejaré entregada a vuestras fantasías. Para que pueda cumplir la ley de su destino, cada cosa en el mundo tiene su supremo atractivo; para que la flor despida agradable olor y para que la virgen ame, para que sacando la vida del gran centro común, las corolas tengan alma y las mujeres su perfume, fecundadas las otras por el sol que brilla o unas por el amor que fascina, necesitan flor y belleza; necesitan tener por raíces, aquéllas el mundo real y ésta el mundo ideal; las

XXIX

A LUIS B

Me entregaba a mi fantasía, Luis, en el momento en que moría la última luz de la tarde y los postreros rayos del sol chispeaban en la llanura, y me parecía oír hacia el cielo ascender confusamente múltiple e inmensa alabanza de las dos extremidades de la creación.

Lo que Dios creó diminuto elogiaba a lo que Dios creó gigantesco, y me pareció ver que sonreía el coloso al átomo y la estrella a la antorcha; parecía dotada la naturaleza de un alma amante. La montaña exclamaba:—«¿Qué hermosa es la flor!» El mosquito exclamaba:—«¿Qué hermoso es el Océano!»

Agosto de 1839.

XXX

En el mundo, donde plegamos nuestra tienda al declinar el día, no esperes encontrar la felicidad; conténtate con el amor; excepto él, todo se desvanece. El hombre es un árbol al que la savia falta antes de florecer, y su vida siempre se desliza por la pendiente de la desgracia. Todos los mortales corren tras de la alegría, y la esperanza sonríe a todos ellos; todos tienden su mano temblorosa hacia algún objeto brillante. Pero a todas las almas, modestas u orgullosas, la desgracia llega a pasos lentos, como un espectro que tiene los pies de piedra. Todo nos falta, excepto los pesares. La felicidad para el hombre en este valle de lágrimas sólo es la sombra de las cosas que están más allá de él. La esperanza es el alba indecisa que aparece en el horizonte de nuestros deseos; es el reflejo dorado, que vislumbramos en lontananza, de un rayo misterioso; es el reflejo, obscuro o brillante, que en su eterna calma vierten sobre nosotros las felicidades del cielo; son las visiones inefables que a nuestros ojos malditos brillan a través del ramaje de los árboles del paraíso; es la sombra

que, en nuestras playas, proyectan esos árboles prodigiosos, cuyos vagos murmullos oye el alma en sus delirios; a ese reflejo de bienes sin nombre le damos el nombre de felicidad, e, insensatos, queremos coger con las manos esa sombra, que es la sombra que proyecta Dios. Nadie puede ascender a esas alturas; preciso es permanecer en la tierra: si nos hace sonreír lo que soñamos, lo que sufrimos en la realidad nos hace llorar. Ya que todo un Dios tuvo que padecer sangriento Calvario, tenlo por seguro, no debemos lamentar nuestra suerte: suframos, ya que ésta es la ley severa de la vida, y amemos, ya que ésta es la ley suave. ¡Amemos! Liguemos nuestras dos vidas: el que es prudente no se expone solo en una barca; los dos ojos constituyen la fisonomía, las dos alas forman el pájaro. ¡Liguémonos los dos! Todo nos invita a amarnos; ya que la vida es corta, tengamos una sola vida para los dos, tengamos para los dos una sola esperanza. Ya que nacimos para sufrir, encontraré alivio a mis dolores si mis ilusiones constituyen tus ensueños, si mis lágrimas se confunden con tu llanto

20 de mayo de 1838.

XXXI

ENCUENTRO

Después de dar una limosna al más joven, pensativo el filósofo se paró a contemplarlos. Prolongado ayuno había enflaquecido sus cuerpecitos; eran cuatro, y estaban sentados en tierra formando corro: repartían entre sí un pedazo de pan negro y lo comían con avidez, pero con aspecto tan triste y tan doliente, que al verlos, cualquiera mujer hubiera prorrumpido en llanto. Estaban abandonados en el mundo aquellos cuatro niños, perdidos entre la muchedumbre humana. Carecían de padre y de madre, y no podían disponer ni de un miserable tugurio que les sirviera de abrigo. Iban con los pies descalzos, exceptuado el último que arrastraba, con sus pies vacilantes, unos zapatos viejos demasiado grandes para él, atados con una raída cinta. Con frecuencia pasaban las noches durmiendo en los fosos de los fortificaciones. Sus manos enrojecidas habían sido rosadas cuando esos infelices nacieron al mundo. El domingo vagaban por la aldea pidiendo de puerta en puerta. El más pequeño, pálido y enfermizo, cantaba una canción obscena, cuyo

sentido no comprendía, para hacer reír a algún inmundo viejo que se embriaga en alguna taberna, y la canta con tanta gracia, que algunas veces las abyectas monedas que por ello le dan mitigan su hambre; monedas del infierno ofrecidas por su pecado sobre las que ha escupido su inmunda baba el demonio. Durante algunos momentos comen, detrás de un matorral, temblando como cervatillos, porque les pegan muchas veces y los arrojan de todas partes. De esta manera esos inocentes condenados pasan todos los días hambrientos por delante de la puerta de mi casa, por delante de las puertas de las vuestras, y vagan al azar conducidos por el mayor.

* *

Entonces el que meditaba miró hacia lo alto; sus ojos sólo vieron el éter tranquilo y cálido, el sol benévolo, la atmósfera llena de alas doradas, la serenidad de la bóveda azul y la dicha y los cantos risueños de los pájaros alegres, que desde el firmamento caían llegando hasta los niños.

33 de abril de 1837.

deliciosas palabras que se pronuncian a media voz: el amor renace en los corazones, como las hojas en el bosque.»

XXXII

* *

Cuando os congregáis multitudes tumultuosas, para ir a perseguirle hasta su soledad, excitándoos unos a otros, furiosos, encarnizados, el verdadero pueblo, el pueblo serio, que creía al oír vuestros alaridos que ibais buscando a un dragón en su antro, dragón de ojos ardientes y de vientre escamoso, se asombra al darse cuenta de que es objeto de vuestras persecuciones un hombre pensador, misterioso y bueno.

21 de abril de 1839.

XXXIII

LA SOMBRA

El le decía:—«Tristes son vuestras canciones. ¿Qué tenéis? Ángel inquieto, ¿por qué empañan las lágrimas vuestros dulces ojos? ¿Por qué como junco doblado por una ráfaga de viento, inclináis la frente, que está más sombría por momentos? Debéis regocijaros porque llega la primavera, la hermosa estación del mes de abril, los céfiros, los aromas, las canciones, los besos, las sonrisas y las

Ella le respondió con voz sonora y grave:—«Amigo, vos sois muy fuerte. Seguro de que Dios os encamina, teniendo la vista fija en un objeto, seguís vuestro camino, marchando recto y orgulloso, sin miedo al mañana, sin inquietaros por el pasado, y nada puede turbar, arrebatada toda vuestra alma, la hermosa visión que os oculta la vida. Pero yo lloro. Silenciosa, siguiendo vuestros pasos, alcanzada por los golpes que vos no sentís, teniendo el corazón semejante al vuestro, excepto en abrigar esperanza, sufro en este mundo, mientras vos cantáis en otro distinto. Todo me entristece; el porvenir que yo veo al resplandor de una luz engañadora, la agria razón que rechaza al amor, y los punzantes celos, cuando otra mujer pretende conseguir de vuestros ojos una de esas miradas que trastornan el corazón, y la suerte, que nos persigue sin cansarse jamás. Cuanto más brilla el sol, estoy yo más sombría. Vos camináis, yo os sigo; andáis, y yo tiemblo, y mientras que, formando mil proyectos entre los dos, parece que vos ignoréis todos los ángulos difíciles que hay que cruzar en la tierra, yo me arrastro siguien-

do vuestros pasos, pobre mujer herida. La sombra proyectada por un cuerpo erguido, aparece a veces quebrada.»

Abril de 1839.

gos del amor, perdidos en el fondo del bosque, y el árbol bajo cuya copa, al confundir sus almas cambiando sus besos, se olvidaron de todo.

* *

XXXIV

TRISTEZA DE OLIMPIO

No estaban oscuros los campos, ni los cielos silenciosos; el día brillaba en la azul e inmensa esfera de los cielos, el aire era perfumado, las praderas aparecían verdes cuando volvió a ver aquellos sitios, en los que tantas heridas había recibido su corazón.

* *

Sonreía el otoño; los collados hacia las llanuras inclinaban sus árboles frondosos, que empezaban a amarillear; el cielo estaba sereno, y los pájaros, elevando las miradas a lo alto, decían quizás a Dios algo del hombre en sus cánticos sagrados.

* *

Quiso volver a verlo todo; el estanque que está junto al manantial, la casucha donde la limosna vació su bolsa, el antiquísimo fresno, los sitios retirados testi-

Buscó el jardín, la casa aislada, la verja tras la que se sumerge la vista, en una oblicua calle de árboles, y se ven los vergeles en declive. Caminaba pálido y pensativo, y al ruido producido por sus pasos, veía detrás de cada árbol levantarse la sombra de los pasados días.

* *

Oía susurrar en el interior del bosque querido al delicioso viento, que pone en conmoción nuestras almas, despertando en ellas el amor, que, agitando la encina o balanceando la rosa, parece ser el espíritu universal que va posándose sucesivamente sobre todos los objetos.

* *

Las hojas caídas en el bosque solitario, que al pisarlas se levantaban del suelo, corrían por el jardín; no de otro modo, algunas veces, cuando el alma está triste, nuestros pensamientos vuelan por un momento con alas descompuestas y vuelven a caer de repente al suelo.